

Madre tigresa

Publicado por [Miguel Ángel Santos Guerra](#)

| 17 Diciembre, 2011

Un libro recientemente publicado en EE.UU ha levantado una enorme polémica. El libro se titula “Battle Hymn of the Tiger Mother” (Himno de batalla de la Madre tigresa). El libro tiene 256 páginas y ha sido escrito por Amy Chua, una mujer nacida en Chicago en el año 1962 de padres chinos que emigraron a EE.UU en los años 60. Está



Licenciada en Derecho y en Economía e imparte clases en la Universidad de Yale. Ha publicado, antes de éste best seller, dos libros en el ámbito de su especialidad “World on Fire” y “Day of Empire”. Amy Chua está casada con Jed, un judío americano y han tenido dos hijas: Sophie, de 18 años y Louisa, a quien llaman Lulu, de 15.

El libro se titula “Battle Hymn of the Tiger Mother” (Himno de batalla de la Madre tigresa).

La polémica que ha suscitado este controvertido libro se basa en la pedagogía que utiliza y defiende Amy Chua, no sé hasta qué punto compartida por su marido. Y este ya es un punto relevante sobre el que he visto pocos comentarios. ¿Qué papel desempeña el padre en esta historia? Sólo se habla de la “Madre Tigre”. ¿Y el padre? ¿Pinta algo o no pinta nada? ¿Y qué pinta? ¿Es el amortiguador de la dureza de su esposa? ¿Es otro tigre agazapado? ¿Ejerce realmente de tigre?

La tesis que plantea la autora es que hay que obligar por la fuerza a los hijos a buscar la excelencia. Nada importa su felicidad. Al comienzo del libro expone las reglas que ha impuesto a sus hijas: No dormir fuera de casa, no asistir a fiestas con otros niños (playdates), no participar en obras de teatro del colegio, no ver la televisión o jugar en el ordenador, no elegir las actividades extraescolares, ser el número uno en todas las asignaturas (excepto gimnasia y teatro), no sacar una nota que esté por debajo del sobresaliente (A), tocar el piano o el violín, no dejar de tocar el piano o el violín...

En definitiva, que esta madre tigresa les prohíbe todo a sus hijas menos triunfar. Su teoría es que “los niños por sí mismos nunca quieren trabajar y por eso es esencial decidir por ellos”. Y en esa exigencia vale todo. Dice: “la solución, cuando un niño no da la talla, es siempre criticarlo, castigarlo y humillarlo”.

Y pone ejemplos de su propia práctica educativa. Cuando un día su hija menor trajo una calificación B en matemáticas la tuvo en vela toda la noche haciendo dos mil problemas. Cuando era incapaz de tocar perfectamente “The little Donkey” la llamó perezosa, cobarde y patética, la tuvo sentada durante horas al piano y no la permitió siquiera hacer pis.

La autora del libro, que está concitando un aluvión de críticas y descalificaciones en EE.UU está contraponiendo la cultura de las familias chinas (exigentes y autoritarias: madres tigresas) con la de las familias occidentales (permisivas e indulgentes: gallinas

cluecas). Viene a decir que hay que tener éxito para conseguir la autoestima y no desarrollar una elevada autoestima para conseguir éxito.

Ella misma se vanagloria de que fue una hija educada en esos principios por sus padres chinos y a ello atribuye el éxito que ha alcanzado en la vida.

Creo que el libro es una excelente oportunidad para reabrir el debate sobre permisividad y autoritarismo, sobre dureza y blandura, sobre premios y castigos, sobre felicitaciones y reproches. No parece sensato felicitar sin que haya habido un logro o un esfuerzo. “Y si como bien, ¿me vais a dar un premio?”. Porque casi van a exigir algunos niños ser recompensados por el simple hecho de respirar. Tampoco parece sensato obligar por la fuerza a conseguir siempre el primer puesto.

No comparto algunas tesis de la autora. En primer porque el respeto a la persona, sea ésta un niño a un adulto (y, especialmente, en el caso de los niños que no pueden defenderse como lo haría un adulto), no admite insultos y humillaciones. Se puede (y se debe) corregir, diré, incluso, que con energía. Pero sin humillar, sin despreciar, sin insultar. En segundo lugar, porque no creo justo ni razonable exigir a todas las personas que sean las primeras. Me preguntó cómo habría actuado esta madre tigresa si sus dos hijas hubieran sido gemelas y hubieran estado en la misma clase. Una de ellas, forzosamente, debería ser, en el mejor de los casos, segunda. En tercer lugar, está por ver qué efectos secundarios tiene esa actitud educativa en los jóvenes, sobre todo en el caso de que no alcancen los objetivos exigidos. El escritor David Brooks se pregunta en el New York Post por las causas de la elevada tasa de suicidios entre los jóvenes asiáticos.

Me preocupa el presente de la intervención educativa de padres y educadores. Y me preocupa también lo que sucederá en el futuro como consecuencia de un determinado tipo de educación. Parece lógico pensar que una infancia sin esfuerzo, llena de regalos, caprichos, felicitaciones y premios inmerecidos puede llevar a una catástrofe. Pero no es menos lógico aventurar que una infancia llena de torturas puede tener un efecto nocivo en el futuro.

El sentimiento amoroso puede estar detrás de ambas actitudes. Por eso es necesario reflexionar profundamente sobre lo que es necesario hacer en el proceso educativo. Un criterio que se podría emplear es pensar en lo que pensará el educando cuando sea adulto: ¿le parecerá bien que le hayan humillado?, ¿le parecerá bien que le dijeran eres un niño fuera de serie por el simple hecho de haberse comido el postre?

Al parecer la hija mayor de Amy Chau, en una carta publicada en prensa, le dice a su madre: “Gracias, mamá, porque me has ayudado a ser más independiente”. Lo que pasa es que esa chica puede estar todavía bajo la presión de la exigencia, bajo la angustia del miedo o bajo la obnubilación de la mente. Puede padecer el síndrome de Estocolmo. De hecho me parece más lógico pensar que con esos métodos se llegue a ser más fácilmente sumiso que independiente, dócil que autónomo.

La presión desmedida por alcanzar la excelencia hace que el fin justifique los medios. Aunque, en este caso, creo que tampoco el fin está justificado. ¿Qué sucede en una clase en la que el cien por cien de los padres y las madres sigue el mismo criterio? Porque primero solo puede ser uno.